

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo VI. De lo que passo a Don Quixote con su sobrina, y con su ama; y es uno de los importantes capitulos de toda la historia.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1659

de sus padres. En teniendo govieno, dixo Sancho, embiare por el por la posta, y te embiare dineros; que no me faltaran, pues nunca falta quien se los preste à los go-vernadores, quando no los tienen: Y vistele de modo, que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Embiad vos dinero, dixo Teresa, que yo os lo vestire como un palmito. En efecto quedamos de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ser Condesa nuestra hija? El dia que yo la viere Condesa, respondiò Teresa, esse harè cuenta, que la entierro: Pero otra vez os digo, que hagays lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mugeres, de estar obedientes à sus maridos, aunque sean unos porros: Y en esto començò à llorar tan de veras, como si ya viera muerta, y enterrada à Sanchica. Sancho la consolò, diziendole, que ya que la huvièsse de hazer Condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabò su platica, y Sancho bolviò à ver à Don Quixote para dar orden en su Partida.

CAPITULO VI.

De lo que le passò à Don Quixote con su sobrina, y con su ama; y es uno de los importantes capitulos de toda la historia.

EN tanto que Sancho Pança, y su muger Teresa Cajo pasaron la impertinente referida Platica, no estavan ociosas la sobrina, y el ama de Don Quixote, que por mil seales ivan coligiendo, que su tio, y señor que-
ria

ria desgarrarse la vez tercera, y bolver al exercicio de su (para ellas) mal andante Cavalleria. Procuravan por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto, y majar en hierro frio. Con todo esto, entre otras muchas razones que con el pasaron, le dixo el ama: En verdad, Señor mio, que si vuestra merced no afirma el pie llano, y se está quedo en su casa, y se dexa de andar por los montes, y por los valles, como anima en pena, buscàndo estas que dizen, que se llaman aventuras, à quien yo llamo desdichas; que me tengo de quejar en voz, y en grito à Dios, y al Rey, que pongan remedio en ello. A lo que respondiò Don Quixote: Ama, lo que Dios responderà à tus quejas, yo no lo sè, y lo que ha de responder su magestad tampoco: Y solo sè, que si yo fuèra Rey, me escusàra de responder à tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada dia le dan; que uno de los mayores trabajos, que los Reyes tienen entre otros muchos, es el estàr obligados à escuchàr à todos, y à responder à todos; y assi no querria yo, que cosas mias le dièssen pesadumbre. A lo que dixo el ama: Diganos, Señor, en la corte de su magestad no ay Cavalleros? Si, respondiò Don Quixote; y muchos, y es razon que los aya para adorno de la grandeza de los Principes, y para ostentacion de la magestad Real. Pues no ferìa mejor, que vuestra merced fuèsse, replicò ella, uno de los que à pie quedo sirvièssen à su Rey, y Señor, estàndose en la corte? Mira, amiga, respondiò Don Quixote: No todos los Cavalleros pueden sèr cortesanos, ni todos los cortesanos pueden, ni deven sèr Cavalleros andantes: De todos

todos ha de avèr en el mundo; y aunque todos seamos Cavalleros, va mucha diferencia de los unos à los otros; porque los cortefanos sin salir de sus aposentos, ni de los Umbrales de la corte se pàsèan por todo el mundo, mirando un mapa sin costàrles blanca, ni padecèr calor, ni frio, hambre, ni sed: Pero nosotros los Cavalleros andantes verdaderos, al sol, al frio, al ayre, à las inclemencias del cielo, de noche, y de dia, à pie, y à cavallo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies: Y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo sèr; y en todo trance, y en toda ocasion los acometemos sin miràr en niñerías, ni en las leyes de los desafios: Si lleva, ò no lleva mas corta la lança, ò la espada; si trae sobre sí reliquias, ò algun engaño encubierto; si se ha de partir, y hazer tajadas el Sol, ò no, con otras ceremonias deste jaez, que se ùsan en los desafios particulares de persona à persona, que tu no sabes, y yo sí. Y has de saber mas, que el buen cavallero andante, aunque vèa diez Gigantes, que con las cabeças no solo tocan, sino pàsñan las nubes; y que à cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres; y que los braços semèjan arboles de gruesos, y poderosos navios; y cada ojo como una gran rueda de molino, y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantàr en manera alguna; antes con gentil continente, y con intrèpido coraçon los ha de acometèr, y embestir; y si fuère possible vencèrlos, y desbaratàrlos en un pequeño instante, aunque vinièssen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dizen que son mas duras, que si fuèssen de diamantes, y en lugar de espadas truxèssen

xèssen cuchillos tajantes de Damasquino azèro, ò porras ferradas con puntas assi mismo de azèro, como yo las hè visto mas de dos vezes. Todo esto he dicho, ama mia, porque vèas la diferencia que ay de unos Cavallèros à otros; y sería razon, que no huvièsse Principe, que no estimàsse en mas esta segunda, ò por mejor dezir, primera especie de Cavallèros andantes; que segun leemos en sus històrias, tal ha avido entre ellos, que ha sido la salud no solo de un Reyno, sino de muchos. A Señor mio, dixo à esta fazon la sobrina: Advièrta vuestra merced, que todo èsso que dize de los Cavallèros andantes, es fabula, y mentira; y sus històrias, ya que no las quemàssen, merecian que à cada una se le echàsse un San benito, ò alguna seña en que fuèsse conocida por infame, y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustènta, dixo Don Quixote, que sino fuèras mi sobrina derechamente como hija de mi misma hermana, que avia de hazèr un tal castigo en ti por la blasfemia que has dicho, que sonàra por todo el mundo. Como? que es possible, que una rapaza, que apenas sabe meneàr doze palillos de randas, se atrevà à ponèr lengua, y à censuràr las històrias de los Cavallèros andantes? Que dixèra el Señor Amadis, si lo tal oyèra? Pero à buen segùro, que el te perdonàra, porque fuè el mas humilde, y cortes Cavallèro de su tiempo, y el mas grande amparador de las donzellas: Mas tal te pudièra avèr oydo, que no te fuèra bien dello; que no todos son corteses, ni bien-mirados; algunos ay follones, y descomedidos: Ni todos los que se llaman Cavallèros, lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parècen Cavallèros, pero no



todos puèden estàr al toque de la pièdra de la verdad. Hombres baxos ay, que rebièntan por parecèr Cavallèros; y Cavallèros altos ay, que parece, que à posta muèren por parecèr hombres baxos: Aquellos se levàntan, ò con la ambición, ò con la virtud: Estos se abàxan, ò con la floxedad, ò con el vicio, y es menestèr aprovechàrnos del conocimièto discreto para distinguìr estas dos maneras de Cavallèros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. Vålame Dios, dixo la sobrina, Que sepa vuestra merced tanto, Señor tío, que si fuèsse menestèr en una necesidad, podría subìr en un pulpito, è irse à predicàr por estas calles: Y que con todo esto dè en una ceguèra tan grande, y en una fandez tan conocida, que se dè à entendèr, que es valiènte siendo viejo. Que tiene fuerças estàndo enfermo. Y que enderèça tuèrtos, estàndo por la edad agoviàdo. Y sobre todo que es Cavallèro, no lo sièndo; porque aunque lo puedan sèr los hidalgos, no lo son los pobres. Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dizes, respondiò Don Quixote; y cosas te pudièra yo dezìr acerca de los linages, que te admiràran; pero por no mezclàr lo Divino con lo humano, no las digo. Mirad, amigas: A quatro fuertes de linage (y estadme atentas) se puèden reduzìr todos los que ay en el mùndo, que son estas. Unos que tuvièron principios humildes, y se fuèron estendièndo, y dilatàndo hasta llegàr à una fuma grandeza. Otros que tuvièron principios grandes, y los fuèron conservàndo, y los consèrvan, y mañtiènen en el ser que començaron. Otros que aunque tuvièron principios grandes, acabaron en punta como Piràmide, avièndo disminuýdo, y aniquilado

quilado su principio hasta paràr en nonada, como lo es la punta de la Piràmide, que rèspecto de su bassa ò assiento es nada. Otros ay (y estos son los mas) que ni tuvièron principio bueno, ni razonàble medio, y assi tendràn el fin sin nombre, como el linage de la gente plebeya, y ordinària. De los primeros que tuvièron principio humilde, y subièron à la grandeza, que aora consèrvan, te sirva de exemplo la casa Otomàna, que de un humilde, y baxo pastor que le diò principio, està en la cumbre que le vèmos. Del segundo linage, que tuvo principio en grandeza, y la consèrva sin aumentàrta, feràn exemplo muchos principes, que por herencia lo son, y se consèrvan en ella sin aumentàrta, ni disminuirla, contenièndose en los limites de sus estados pacificamènte. De los que començaron grandes, y acabaron en punta, ay millares de exemplos: Porque todos los Pharaònes, y Tolomèos de Egypto, Los Cefares de Roma, con toda la catèrva (si es que se le puede dàr este nombre) de infinitos Principes, Monarcas, Señores, Medos, Asirios, Persas, Griegos, y Barbaros: Todos estos linages, y señorios han acabado en punta, y en nonada, assi ellos, como los que les dièron Principio; pues no ferà possible hallàr aora ninguno de sus descendièntes, y si le hallàssimos, ferìa en baxo y humilde estado. Del linage plebeyo no tengo que dezir, sino que sirve solo de acrecentàr el nùmero de los que viven, sin que merezcan otra fama, ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quièro que inferàys, bobas mias, que es grande la confusion, que ay entre los linages, y que solos aquellos parecen grandes, è Ilustres, que lo muèstran en la virtud, y



en la riquèza, y liberalidàd de fus dueños. Dixe virtudes, riquèzas, y liberalidàdes; porque el grande que fuère viciòso, ferà viciòso grande, y el rico no liberal ferà un avàro mendigo; que al possèedor de las riquèzas no le haze dichòso el tenèrlas, fino el gastàrlas; y no el gastàrlas como quièra, fino el sabèrlas bien gastàr. Al Cavallero pobre no le queda otro camino, para mostràr que es Cavallero, fino el de la virtud, siendo afable, bien-criado, cortes, comedido, y oficiòso, no sobèrvio, no arrogànte, no murmuradòr, y sobre todo caritativo; que con dos maravedis, que con animo alègre dè al pobre, se mostrarà tan liberal, como el que à campana herida dà limosna; y no avrà quien le vèa adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, dexè de juzgàrle, y tenèrle por de buena casta; y el no sèrlo, ferà milagro; y siempre la alabànça fuè premio de la virtud; y los virtuosos no pueden dexàr de sèr alabados. Dos caminos ay, hijas, por donde puèden los hombres llegàr à sèr ricos, y honrados: El uno es el de las letras, El otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras; y nacì, segun me inclino à las armas, debaxo de la influencia del Planeta Marte: Affi que casi me es forçoso seguìr por su camino, y por el tengo de ir, à pesàr de todo el mùndo; y ferà en vano cansaros en persuadirme à que no quièra yo lo que los Cielos quièren, la fortuna ordena, y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desèa: Pues con sabèr, como sè, los innumerables trabajos, que son anèxos à la andante Cavallerìa, sè tambien los infinitos bienes, que se alcançan con ella: Y sè, que la senda de la virtud es muy estrècha, y el cami-

no

no del vicio ancho y espaciòso : Y sè, que sus fines y paradèros son diferèntes ; porque el del vicio, espaciòso y dilatado, acaba en muèrte ; y el de la virtud, angòsto y trabajòso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, fino en la que no tendrà fin. Y sè, como dize el gran Poëta Castellàno nuestro, que

*Por estas asperèzas se camina
De la immortalidad al alto asiento
Do nunca arriba quièn de alli declina.*

Ay desdichàda de mi, dixo la sobrina, que tambien mi señor tio es Poëta ! todo lo sabe, todo lo alcànça. Yo apostarè, que si quisièra ser albañil, que supièra fabricar una casa, como una jaula. Yo te promèto, sobrina, respondiò Don Quixote, que si estos pensamièntos cavallerèscos no me llevàssen tras si todos los sentidos, que no avria cosa, que yo no hiziesse, ni curiosidad que no saliesse de mis manos, especialmènte jaulas, y palillos de dientes. A este tiempo llamaron à la puerta, y preguntando, quien llamava ? Respondiò Sancho Pança, que el era ; y apenas le huvò conocido el ama, quando corriò à escondèrse por no verle : tanto le aborrecia. Abriòle la sobrina ; saliò à recibirle con los braços abiertos su Señor Don Quixote, y encerràronse los dos en su aposento, donde, tuvièron otro coloquio, que no le haze ventaja el pasado.

CAPITULO

